

# ALBUM DE LA JUVENTUD.

Periódico Científico y Literario.

LOS PRODUCTOS DE ESTA PUBLICACION SE DEDICAN EXCLUSIVAMENTE A LOS ESTABLECIMIENTOS DE BENEFICENCIA.

## Estudios filosófico-literarios acerca del suicidio.

### I.

El acto violento de un hombre, de una criatura racional, que se quita la vida con sus propias manos, puede considerarse de dos maneras. Unas veces es efecto de la locura ó monomanía, la última y mas terrible humillacion del hombre, y entonces pasa á formar parte del inmenso catálogo de dolencias del organismo humano que son del dominio de la medicina. Otras veces el suicidio es una consecuencia de la desesperacion, del abatimiento del ánimo que sucumbe aplastado por el peso de la desgracia; en cuyo caso la frágil navecilla de la existencia humana, perdido el rumbo de la fé y el timon del sentimiento religioso, es juguete de las olas en el mar tempestuoso de la vida y concluye por ser engullida en los abismos de la perdicion eterna. Cuando bajo este segundo aspecto los suicidios se repiten con aterradora frecuencia, llegan á constituir una enfermedad social, indicio inequívoco de existir en el cuerpo de ella llagas muy profundas que anuncian la inminente descomposicion de la vida, la próxima aparicion de esas violentas crisis en que solo el poder de Dios es capaz de mantener en pie el edificio sobre unos cimientos socavados y removidos. Hay muchas personas que, abrigando en su corazon una piedad mal entendida, se obstinan en mirar á los suicidas de nuestros tiempos como victimas de una dolencia física, y cuando llega á sus oidos un caso de esos cuya relacion

espantosa hace erizar los cabellos, dicen con mucha candidez: *El pobrecillo se volvió loco!* Un hombre de talento, elegante, conquistador, ve estrellarse todas sus artes contra la virtud diamantina de una casada honesta, en cuyo pudor no cree: desesperado de vencer aquella inusitada resistencia, abrasado por el incendio de una pasion, esto es, de una lujuria cuya fuerza aumenta en razon de la tardanza en ser satisfecha, se levanta la tapa de las sesos: *Estaba loco!* Un empleado público despues de acabar con sus propios recursos, echa mano de los caudales confiados á su probidad que tambien desaparecen derretidos por las sotas y ases del tapete verde: la vispera del arqueo, se precipita desde un quinto piso: *Estaba loco!* Un jóven, adorable segun los gustos del tiempo, consume en un año su patrimonio cuantioso para satisfacer los gastos de una sirena de bastidores; ella le paga con la última caricia su último doblon, y le vuelve la espalda para enredar en sus telas á otro *adorable* cuya fortuna se comerá tambien. El amante vendido se coloca cerca del proscenio en la primera representacion despues de su desgracia; arroja al rostro de la pérfida un frasco de ácido prúsico, y él se bebe tranquilamente el resto del líquido matador y muere escuchando los alaridos de su cómplice: *Estaba loco!* Una niña se levanta furiosamente de cascos por un calavera tronearon cuyos enarcados vigotes, conversacion audaz y provocativa, y variedad de elegantes trages no dejan á la infeliz un momento de reposo. Observan los padres aquella *pasion* precoz y funesta; y despues de ver que ningun fruto producen las sábias amonesta-



ciones, pasan á las vias de hecho, alejando á la niña, echando al amante, ú oponiendo otro cualquiera obstáculo insuperable. La niña descabeza un centenar de cerillas fosfóricas, disuelve el producto químico en medio vaso de agua, bebe el fatal tósigo y rinde el último suspiro en medio de una cruel agonía: *Estaba loca!*

Tales son por lo comun en el fondo los casos de suicidios que diariamente llegan á nuestros oídos. Y tal es también la explicación que siempre acompaña en boca del auditorio el final del relato. Todo suicida está loco; la vida, dicen, es tan dulce, que nadie es capaz de quitársela sin haber perdido antes el juicio. Tantos casos, pues, como haya de suicidios, serán, según esta pia interpretación, otros tantos casos de locura; y de consiguiente esta es una materia que pueden estudiar los médicos á fin de escogitar un método profiláctico que permita al hombre perder su fortuna, su honor, su reposo, la nobleza del corazón, la elevación del alma, toda la excelencia de su ser moral, y quedarse después tan sereno y tranquilo como si nada hubiera pasado. La medicina, según estas almas candidas, inventará con el tiempo algún breva que permitirá recorrer impunemente la senda del crimen que conduce al suicidio, á fin de que un hombre jugador desenfrenado, falsario, ambicioso, intrigante, cuando se ve desposeído de golpe del paraíso de su concupiscencia y egoísmo, pueda decir como el charlatan de la fábula:

. . . importa un pito,  
como tenga mi bálsamo esquisito,

y permanecer pobre, deshonrado, burlado y sin embargo sereno ante una sociedad desapiadada como él, y que acogerá su desgracia con una risa burlesca.

No; por desgracia los suicidas no están locos; y decimos por desgracia, porque al fin entonces sería en cierto modo disculpable su horrible atentado. Ni en los tiempos antiguos ni modernos se ha considerado á los suicidas como locos; pero aun cuando concedamos que todas los suicidios son efecto de una insensata y loca desesperación, la cuestión capital siempre queda en pie. En

vez de preguntar ¿por qué ha de suicidarse un hombre? preguntaremos ¿por qué un hombre se ha de desesperar y volver loco é insensato hasta el punto de quitarse la vida?

Y si en algún tiempo pudiera haber habido duda acerca de este punto, en el nuestro no cabe ninguna. En el siglo XIX el suicidio es una enfermedad social, y no un ataque de demencia; no es el efecto de una pasión profunda, sino la aplicación de una doctrina y la consecuencia de un dogma; los suicidas de nuestros días no se matan porque la pasión les turba el juicio, sino porque ponen en práctica la doctrina y filosofía del suicidio.

Nuestros lectores saben que la literatura de una época es la expresión fiel de la sociedad y del espíritu que en ella reina. Bajo este principio nos proponemos demostrar con ejemplos sacados de la literatura antigua y moderna que en nuestros días se considera el suicidio de muy distinto modo que en los tiempos antiguos. Con la novela y el drama de nuestros días en la mano demostraremos que en los tiempos modernos el suicidio ha sido elevado á la categoría de doctrina, de precepto y de filosofía práctica; mientras que la literatura antigua siempre lo consideró como una desgracia lamentable y nada más; como el deplorable extravío de una insensata pasión que á nadie le ocurría mirar como hazaña ó disculpable, ó controvertible, ó digna tal vez de elogio.

Entrando ya en materia, principiaremos por hacer una observación y es, que por punto general se necesita cierto ejercicio de la inteligencia y cierta fermentación de pasiones para llegar á la idea del suicidio. Los sencillos ignorantes, el hombre que no ha estudiado, la muchacha que nunca leyó novelas, no se les ve recurrir al suicidio para librarse de sus respectivos trabajos. Por eso se nota que en los pueblos civilizados hay más suicidios que en los pueblos bárbaros; y también se ha observado que en Oriente no se conoció el suicidio hasta que las ideas europeas ejercieron su influencia en aquellas regiones. El hombre más infeliz del mundo, el más desnudo y abandonado, el que se vea reducido á un estado aun más



triste que el de Job, este hombre, digo, si no comió del fruto del árbol de la ciencia, si á sus sufrimientos no añade tambien la tortura del pensamiento, jamás pensará en matarse. El suicidio no es enfermedad de los corazones sencillos ni de las inteligencias no saturadas de ciencia; es un mal que ataca á los hombres refinados y filósofos; pues aunque en nuestros dias tambien se ven casos de suicidios en la clase de artesanos ú obreros, consiste en que ahora tambien la ciencia penetró bajo su forma mas falaz y mortífera en el cajon de las herramientas del ebanista y en la almohadilla de la costurera.

*(Se continuará.)*

## A LA MUERTE

DE LA SEÑORITA

### DOÑA MARIA DE ELORZA Y AGUIRRE.

Sobre la tumba de una hermana no ha brotado aun el césped: el llanto no se ha secado aun sobre las mejillas de la madre, y el eco de las rocas repite todavia el último quegido de la campana de la iglesia, cuando *Maria* remonta tambien su vuelo hácia la region á donde no llegan los ayes de este valle de las lágrimas.

Cual una blanca paloma se aduerme en su nido de hojas, cobijada la nevada cabeza entre sus alas, *Maria*, te has dormido tambien en tu eterno sueño, arrullada por los cánticos celestes.

Tu mirada de virgen, al abandonar este mundo, se fijó sobre el querido rostro de tu madre, y al verle cubierto por las sombras del dolor, quisiste tenderla tus brazos y estrecharla por última vez contra tu seno. Mas tus brazos cayeron desfallecidos y por tus labios de apagado carmin vióse vagar una débil sonrisa.

¡Ay! Aquella sonrisa era tu último adiós. Era el último destello de luz lanzado por una antorcha que se apaga. Tu madre habia perdido otra hija. El Angel de la muerte te cubrió con sus negras alas y estampó un helado beso sobre tu frente tan pura como el lirio.

¡Feliz tu que de este mundo te alejas! El dolor y el desengaño no asediarán ya tu corazón con sus espinas; porque el mundo habrá visto deslizarse tu fugaz existencia, tan pronta como el relámpago que brilla en lontananza! ¡Feliz tu, que solo has conocido los únicos placeres que esta vida

proporciona! Los que se gozan en las horas de la primera edad.

Flor que no abriste á las auras tu capullo, ve á esparcir tus aromas tras esas nubes de azul. Virgen á quien el cielo llamó hácia sí, cuando aun te hallabas en la primavera de los años, vuela hácia la mansion de la alegría.

*Emilia* te tiende ya sus brazos cariñosos para oprimirte contra su pecho de ángel: *Emilia* ansia ya el instante de sellar tus labios con el beso fraternal. ¡Ah! ¿Cómo era posible que dos corazones tan unidos en la vida, permaneciesen largo tiempo separados por la muerte?

Cuando la noche despliegue sobre la tierra su pabellon sombrío, y vuestra madre recuerde entre sollozos, las horas de contento que gozara á vuestro lado, descended de esa region de los espiritus, envueltas entre los pliegues de la brisa; penetrad bajo el techo que os fué tan conocido y acercándoos á su lecho, regaladla con los ensueños mas dulces; crea hallarse de nuevo rodeada de su *Emilia* y su *Maria*; crea escuchar aun el melodioso acento de sus voces.

Y cuando la Aurora comience á bordar con sus rosadas nubes el Oriente y á palidecer las estrellas, enlazad su cuello con vuestros brazos y murmurad á su oído: «Madre querida, no llores por tus hijas; aunque sus cuerpos se hallan encerrados bajo la losa del sepulcro, sus almas vuelan continuamente en torno tuyo, y el Eterno escucha las súplicas que le dirigen por la felicidad de tus dias. ¿Que es la vida de este valle de las lágrimas comparada con la de la infinita eternidad? ¿No llegará un momento en que tu tambien la abandonarás para no volver á separarnos nunca? Duerme, pues, descansa en paz madre querida, tu eres el único pensamiento de tus hijas».

*Emilia*, *Maria*, vírgenes celestes, las flores que nazcan al borde de vuestra tumba, serán eternamente regadas con las lágrimas de los que hayan tenido la felicidad de conoceros; vuestro recuerdo vivirá por siempre en sus agradecidos corazones: ellos guiarán los pasos del viagero y señalándole vuestro último asilo, «Aquí, le dirán, bajo esta losa, duerme el encanto de los pechos sensibles: *Emilia* y *Maria* eran la alegría de sus padres y el consuelo de los afligidos: eran las azucenas de estos valles: dos hermosos cuerpos con una alma. Muerta *Emilia*, *Maria* quiso seguirla tambien á la region de la esperanza.»

Tiernas vírgenes, hermanas cariñosas cuando os halleis reunidas ante el trono del Eterno; rogadle por todos los que quedan en el mundo rogadle tambien por aquel que solo ha querido ren-



dir un tributo de setimiento ante el dolor acerbo de una madre.

AURELIANO VALDÈS ACHUCARRO.

EL PASEO DE SAN MARTIN.



BALADA.

(A mi querido amigo G. E.)

Los árboles sus ramas orgullosas  
Hasta el cielo purísimo levantan,  
Y en su seno mil quejas amorosas  
Tristes las aves de la noche cantan.

Arde mi pecho y jugueteando el aura,  
Con sus pliegues me roza suavemente,  
Como los labios de mi bella Laura  
Cuando amantes resbalan por mi frente.

.....  
Pero ella no está aquí, y otras mugeres  
De bellas formas ante mi aparecen:  
Mi Laura no se agita entre esos seres,  
Que todos sin mirarme desaparecen.

Sin mi Laura esa bóveda azulada,  
Que el fulgor de la luna reberbera,  
Cubre una tumba donde está encerrada  
Con triste luz la humanidad entera.

Sombras son que se mueven vacilantes  
Al brillo de la antorcha funeraria  
Esas mugeres por el bosque errantes,  
Y sus ayes de amor una plegaria.

Y el árbol ondulante, que se mece  
Al blando soplo de la brisa pura,  
El sauce que sus ramas estremece  
Covijando la negra sepultura.

M. Castaño Alberù.

Zamora, Junio de 1855.

EL CREPUSCULO DE LA TARDE

EN

UNA CATEDRAL.

SONETO.

A su verdadero amigo, Aureliano Valdes Achucarro, dedica esta pequeña muestra de cariño

- EL AUTOR.

Quando á la libre luz del sol poniente  
Tu torre colosal entrega al viento  
¡Oh sacro alcázar! funeral lamento  
Que vibra en el espacio lentamente;  
Y cruzo solitario tu imponente  
Nave do flota el misterioso aliento

De la insondable eternidad, sienta  
En lo infinito divagar mi mente:

Los ecos que repiten mis pisadas  
Las sombras, las antorchas sepulcrales  
De tus gigantes bóvedas colgadas....

Todo me dice allí en sublime tono,  
Apenas comprensible á los mortales  
«¡Aquí posee la Religion un trono!»

Gumersindo Laverde Ruiz.

VARIEDADES.

Qué es esto Tio, Cardaño? Que metamórfosis tan inmensa ha sufrido V.? Antes, hecho un verdadero anacoreta, retirado del mundo y sus pompas, y ahora siendo el blanco contra el que se estrellaba LA TIJERA de las niñas ovetenses? Pero ¡qué veo! Si será todo ilusion? Se ha convertido V. en ministro de Estado? En su mesa, sobre la cual solo se veia hace poco tiempo la Biblia y el Año Cristiano, tal multitud de cartas! Y por seguir la moda; ¡estante tambien! Y qué libros tan hermosos! ya, si; serán de la Biblioteca religiosa!

Tal ha sido el modo de anunciarse, amadas suscritoras, que uno de mis amigos se dignó usar entrando por mi habitacion la tarde del viernes pasado. Yo que me hallaba en aquel momento (confieso mi pecado) entregado á las dulces ilusiones de un amor inocente, sentí mas su presencia que si viese en mi derredor las doce plagas de Egipto ¡Buena te la dé Dios, Cardaño! dige para mis adentros, al oír las impertinentes reprensiones de mi inesperada visita. Dirigiame hácia él con el objeto de darle la mano (cosa de N. en el año 55) cuando noto que se aproxima al estante donde tenia mi tesoro... de libros. Toma uno y lee: ¡Arte de amar! Hombre, magnifico libro; arte de amar á Dios, eh? será compuesto por el Reverendísimo Padre.... y pronunció entre dientes un nombre, que por mas cuidado que puse, no me fué posible oír, interin colocaba sus grandes gafas para leer con mas facilidad los rótulos de los demas libros. Luego que concluyó de colocarlas, que tardaria como unos cinco minutos, alzó su vista y con hipócrita voz leyó uno de ellos: Código del amor; Amigo, bien; serán las reglas del arte de amar á Dios, por algun clérigo del siglo de oro! Jardin de las delicias del amor, ¡ah! este será una descripcion de la Bienaventuranza, Estasis de los ángeles, Arrobamiento de las virgenes ect., ect. Que gusto y que talento tienes, Cardaño para comprar libros! voy á tomarme la libertad de llevarte alguno para empaparme en su lectura! ¿Que, no me contestas? Eso quiere decir que me los niegas.

Yo que estaba adivinando el desenlace de aquella escena, y deseando ardientemente no darle tan pronto fin, únicamente le contesté: todos



están á vuestra disposicion; haced de ellos el uso que queráis.

—No esperaba yo menos de tí, querido *Cardaño*, me contestó con una sonrisa de amistad, y continuó leyendo rótulos, en todos los que hallaba la palabra *amor*, que él esplicaba á su manera. Un Demonio! pronunciado con estentórea voz! que profanacion! ¡que profanacion! me hicieron conocer que habia llegado el momento que yo deseaba. ¡Que profanacion! *Arte de agradar á las mugeres!!!* ¡*Cardaño*, así te atreves á mezclar lo sagrado con lo mundano? Entre estos libros tan religiosos, tan místicos, *El arte de agradar á las mugeres*. ¡Oh, esto es insufrible! ó los entregas ahora mismo á las llamas, ó de lo contrario.....

Por mas esfuerzos que hice me fué imposible dejar de dar una solemne carcajada al ver el furor que se apoderó de mi amigo, y los gestos que ponía su cara, cara de solteron de setenta, tan interesante y agraciada. Vaya *Cardiello*, no te incomodes por tan poca cosa, le digo con rostro risueño. Todos esos libros te convienen, si, y ese que tanto te admira, el primero.—¡Como! no me insultes.—No, nada de eso: mira, ni en tus quince, veinte, treinta, cuarenta ni sesenta (aquí hizo un gesto de desaprobacion) conseguiste agradar á una muger; quien sabe si con las reglas de ese libro lo conseguirás á los setenta?—*Cardaño*, tu estás loco? Yo desear agradar á una muger?—Vaya, vaya, amigo mio, no te hagas el indiferente, pues que todos somos hijos de Adán y Eva. ¡Cuán dulce sería para tí decir *mi cara mitad!* Abrazar tus niños! eh? tus niños sí, porque.... supongo los tendrías, aunque...—No te chacees mas; basta de broma, me contestó repentinamente, no dejándome concluir la frase principiada, que al parecer comprendió al momento, no gustándole el giro que yo iba dando á la conversacion.

Y dime, *Cardaño*, qué reglas son esas para agradar á las mugeres?—Ola, ola, amiguito, parece que te va ya interesando ese libro; mucho me alegro.—*La curiosidad*, el deseo de saber.—No, pues si la curiosidad es tan solo lo que te hace desear conocer esas reglas, las desconocerás tu poca vida restante, porque no te consiento tocar el libro.—Y... si te digo que deseo agradar...—Ah! entonces es otra cosa. En él y en todos los demas que tienes delante hallarás reglas *infalibles* para ser amado, para volver loca por tu amor á la muger mas fria, veleta é inconstante.—Si? ¡oh que magnífico hallazgo! ni el oro de las Californias es tan bello! Ser amado por una niña! volverla loca con mi desden! ay, no sé lo que me pasa! Y en su loco entusiasmo estendia sus brazos en ademan de abrazar el estante, y dábale millones de besos.

De repente se vuelve y me dice: pero *Cardaño*, ¿cómo es que en todos estos libros hallaré reglas *infalibles* para ser amado por las mugeres, si to-

dos, escepto *El arte de agradarles*, son libros místicos, de religion y solo religion?—Una sonrisa irónica que notó en mi semblante fue lo suficiente para sacarle del error en que estaba, pues que tomó uno con avidéz y abriéndole al acaso leyó:

El beso que un amante deposita sobre la dulce boca de una hermosa anuncio es de una suerte venturosa y una existencia del amor bendita.

Cuando se unen los labios entreabiertos el alma en sus corales va prendida, y aquella aspiracion vierte la vida en los pechos mas débiles y muertos.

Las dos almas unidas se embelesan, de las penas del mundo se consuelan, y confundidos á la gloria vuelan y los recuerdos de la vida cesan.

Hombre que hermoso! que *coplas* tan bonitas! parece que me está sucediendo lo que dicen. Déjame, déjame leer otro poco: «El pañuelo, el guante que se corre á levantar, una figura de mazourka, mil ocasioncillas que se ofrecen naturalmente, y que un amor comun aprovecha casi siempre, mientras un amor diestro las hace nacer á cada paso, proporcionan á dos manos el medio de apretarse suavemente, á dos pies el de oprimirse, á dos rodillas el de juntarse y... ¡cuántas palabras, qué elocuencia tan sublime, qué sentimiento indefinible de ventura encierra ese lenguaje mudo.»—*Cardaño*, nunca, nunca vi cosa mejor escrita; qué pensamientos tan poéticos!!! qué lenguaje tan sublime!!! Ah! esto es inimitable: ¿conque me los dejas llevar para leer? qué ratos tan distraídos voy á pasar estos dias!

Estaba llenando sus bolsillos, bolsillos de dómine de aldea, de aquellos libros, cuyo título le parecia mejor al oido ó al corazon, porque esto no lo puedo asegurar, cuando unos golpecitos dados á la puerta de la habitacion interrumpieron tan interesante *monólogo*. ¿Quién? pregunté con magestad.—Yo, contestó una voz, para mi muy conocida, desde que soy redactor del *Album*.—Qué impertinente, se apresuró á decir *Cardiello*, llegará á interrumpir nuestros coloquios? mientras yo me dirigia á abrir la puerta al nuevo personaje.—Ola, señor *Noche-buena* (nombre de un niño malatero, que conoceréis amables suscritoras, si por casualidad salís á la puerta á recibir el periódico) qué trae V.?—El correo, me contestó con suma amabilidad, y me entregó una infinidad de cartas, que me apresuré á abrir, por si era alguna de mis antiguas *mosqueteras*, que arrepentida de sus muchas diabluras, su fingido *coquetismo* y desmesurada simpleza volvía arrepentida sus pensamientos nuevamente hácia mi, (porque ya nadie la queria) despues de haber pasado seis ú ocho años en que ni siquiera nos dignábamos saludarnos. Pero mis pensamientos salieron fallidos; en ninguna logré ver el nombre de una de ellas, mas en cambio eran de jó-



venes lindisimas, (advierdo que para mi lo son todas desde quince á treinta) y de respetables mamás, cuya correspondencia, digase lo que se quiera, me honraba en extremo.

Mi amigo *Cardiello* dudaba de lo que tenia ante sus ojos.—Lo veo y no lo creo, me decia. ¿Cómo en tan poco tiempo, *Cardaño*, te has vuelto de un hombre oscuro, y conocido solo de nuestros amigos por tus *tusaradas*, (no os asusteis con este barbarismo, rancios criticos; está admitido por cierta clase de jóvenes del bello sexo) en un hombre de tanta representacion en Oviedo, á juzgar por tu inmensa correspondencia? Y qué perfumes tan delicados despide! Dime, es moda ahora tambien dar un baño de esencia á las cartas? Oh! pues entonces las oficinas, á la verdad, que estarán convertidas en un paraíso.—Cuánto es estar fuera del mundo, *Cardiello*; las cartas perfumadas solo vienen de mano de... las niñas.—Qué, entonces te has casado?—Dios me libre! Estoy loco por ventura?—Entonces qué niñas te escriben? Ah, sí, como tienes tanto conocimiento y esperiencia del mundo, adquirido por tus muchos años, acaso alguna conocida te pedirá algun consejo, no es verdad?—No, amiguito mío, me piden, ó mejor, me suplican, y me aconsejan todas una misma cosa, y hasta me amenazan...—Y podremos saber qué?—No hay inconveniente. Ya habrás oido, querido *Cardiello*, hablar de un artículo publicado en el *Album de la Juventud* suscrito por mi, y titulado *Un oso muy osado*.—Tu escribir en un periodico! Tu convertido en todo un escritor público! Vaya, *Cardaño*, no estrañes que diga que te has vuelto loco. Pero dime, que te piden y que te aconsejan, por qué te amenazan... y á propósito, luego te contaré una conversacion que he oido en una casa respecto á los Redactores de ese *Album*.—Sí? pues te lo diré en pocas palabras para tener pronto el gusto de oirla, que deberá ser divertida. Como te iba diciendo, se publicó ese artículo sin pretension alguna mas que la de llenar las columnas que estaban dedicadas á las variedades; pero á las pocas horas de salir de la imprenta el número, todas las niñas que veia por la calle ó en los balcones, suscriptoras y no suscriptoras, al mirarme, ponian un ceño... y en su rostro se veia pintado tan al vivo el disgusto que les causaba mi persona, que estuve movido á retirarme á casa, y no salir tan pronto de ella por no causarles un disgusto. Por mas que revolvía en mi *magin* no me fue posible dar con la causa, pues aunque no dejé de recordar el *Oso muy osado*, ni por el pensamiento me pasó siquiera que hubiese muger que se creyese en él aludida. Pero á las pocas horas llego á casa, entro en esta misma habitacion y veo sobre la mesa todas estas cartas que tanto te chocaron al entrar. Te leeré una y por ella podrás juzgar de las demas: «Tio *Cardaño*, aunque soy niña, sé apreciar las cosas en su verdadero sentido; porque uno

»cometa un deslíz en su vida, no deben de ensañarse  
»los criticos contra él. V. ha hecho muy mal en  
»sacar á relucir mi humilde persona; por lo tanto,  
»puesto que V. mismo dice «que es el mas galante  
»ante que Oviedo encierra en su seno» espero no  
»continuará, como ha prometido á las suscriptoras  
»pintando las fatales consecuencias de lo que V. llamó  
»oso muy osado y que tantos disgustos me causa  
»y ha causado. Espera merecer este favor de su  
»amabilidad su amiga y servidora Q. B. S. M. Fulanita.»  
Tambien las mamás se pronunciaron con el artículo: te leeré otra de una de ellas, y será lo suficiente para que veas el compromiso en que me ponen: «Sr. D. *Cardaño*, tiene V. bien poca educacion; en un momento de arrebatado he cometido una falta, y V. se vanagloria de ponerla al público. Por primera vez le perdono; pero si continúa sacándome á relucir como dice, aunque soy muger, tengo malos humos y... nos veremos. Señora de Tal.»

—Carámbola, *Cardaño*, verdaderamente, que malos humos debe de tener la Señora Tal!—Y en vista de esto, *Cardiello*, y de las cartas que me llegaron ahora, recordándome lo mismo todas ellas, qué te parece debo hacer, cumplir mi palabra ó despreciar todas estas amonestaciones?—Hombre haz lo que te parezca; pero las cartas de las niñas, si son todas como la que me leiste, están tan humildes que... —Pues quizá la que te leí sea la que está puesta con mas orgullo: en algunas se notaban aun las lagrimas que sobre ella habian vertido; pero las señoras se hacen dignas de que... —Perdónalas ó desprécialas, que es lo mismo: no atiendas mas que al dulce clamor de las niñas, que de ellas recibirás la recompensa.—Y el compromiso con el público?—¡*Cardaño*!!! estraño que no sepas que está ahora muy en boga prometer y no cumplir.—Pues si es asi, en grande! magnífico! te daré gusto á ti, á las niñas y á las... viejas.

Ahora cuéntame la conversacion que has oido respecto á los Redactores del *Album*.—No te gustará mucho, puesto que deben de ser tus amigos, cuando te han consentido poner en las columnas del periódico ese artículo de que hablamos. Pero te he dado una palabra, y deseas que la cumpla, lo haré.

—Como bien sabes, soy un aragan de siete suelas que ni en que pensar tengo siquiera. Con el objeto, pues, de matar el tiempo me he dedicado hace ya algunos meses á tributar homenaje al ídolo mas ridículo y pantomímico: los cumplidos. Dirígeme un dia de estos á uno de sus templos erigido en la calle de... y antes de penetrar en el profano recinto donde aquel dios mundano daba audiencia á sus siervos viles, oi en él un pronunciamiento tan pronunciado, unos gritos tan descompasados, que creí seria un ensayo de algun método nuevo para dar culto á semejante extravagancia. La puerta estaba cerrada: aproximó



mi oído al agujero de la llave, y entonces percibi las simpáticas voces de un coro tan dulce como armonioso que en medio de tanto guirigay tan solo se les percibía distintamente estas dos palabras: *Album, Album, Album... chiquillos, chiquillos, chiquillos...* Por mas que pensaba en tales palabras, no me era posible sacar de ellas un pensamiento siquiera. Suponte que ignoraba la existencia de ese *Album*, y si he de decirte la verdad, creía que tal palabra era una exclamación griega, latina, francesa, inglesa, alemana ó italiana, y que la pronunciarían como por ejemplo *alleluya* en semana de Pascua. Pero la curiosidad se desarrolló en mí en grado superlativo, cuando noté que el guirigay se había convertido en un profundo silencio. Malo, dime para mí; después de la *alleluya* el *requiescat*: si morirá alguien? Este pensamiento que cruzó por mi mente me hizo abrir con tal furor la puerta, que se estremecieron todos los circunstantes, que se hallaban formando corro alrededor de un personage, que con una gran caja de rapé en la mano, dándose toda la importancia, que le era posible, se preparaba á pronunciar algún discurso-maestro ante aquel sumiso auditorio que le esperaba como agua de mayo, con la boca abierta.—Pero antes de continuar, dime, Cardiello, por qué la idea de la muerte te hizo abrir la puerta con tal precipitación? Te movía la compasión; ó acaso creías que tu presencia sería causa de un milagro como en los tiempos aquellos en que Lázaro...—¡Qué! no, nada de eso, me contestó interrumpiéndome con una sonrisa picaresca. Si te he de decir la verdad, quien me movía era... el dinero.—Como el dinero! pues qué, en esos templos se dá dinero, en la muerte de alguno?—No, hombre, no; sino que acaso... en su última hora... haciéndome el hipócrita...—Ya, ya; no creí, que tenías esos sentimientos, Cardiello.—Sentimientos del día.—Así va el mundo, es verdad; caminando tras lo que él llama *positivismo*, y que yo digo *barbarismo y mas barbarismo*. Pero, degemos esto, y sigamos la conversacion, interrumpida con tan positivo episodio.—Pues bien, como te iba diciendo, Cardaño, entré en aquel, para ti desconocido recinto, cuando un silencio sepulcral reinaba en todo él. Como ya sabes, fue interrumpido á mi llegada y el corro desarreglado; pero un gesto del *orador* hizo que al momento volviese todo al estado en que se hallaba hacia poco. Así las cosas, después de tomar el nuevo Ciceron su correspondiente polvo, y estornudar media docena de veces por lo menos, tomó la palabra y pronunció un discurso, que si he de juzgar por lo mucho que abrian la boca las viejas, debió de ser excelente, y si por las señales de desaprobacion de las niñas, malísimo. Yo si he de decirte francamente mi opinion, no le juzgué ni como las primeras, ni como las segundas, aunque mas me aproximó á estas que aquellas. Si vieras! dijo

unas cosas de los redactores del *Album*! ¡ay! no quisiera ser yo uno de ellos!—Pero sepamos qué dijo.—Qué? que eran todos unos chiquillos; que algunos, dos ó tres, *decían lo que sabían, pero no sabían lo que decían*; los otros que en vez de ser *escritores* eran *escribientes*, pues que las producciones que publicaban eran copiadas de otros periódicos franceses, poco conocidos en Oviedo; que los *poetas* merecían el nombre de *porretas* y sus *versos de verzas*, que las *variedades* eran *vaciadas...* y concluyó por fin diciendo que tenían bien de sobra el dinero todos los que se habían suscritos á tan descabellado periódico. No creas que fue esto todo lo que dijo; añadió además tantas, tantas cosas... y citaba á cada pocas palabras con cierto aire de magestad en corroboracion de sus ideas, un versículo, según el decía, de la Biblia, ó una sentencia de algún Santo Padre, de las cuales, como bien conoces, no entendía yo maldita la palabra.—Por eso él las citaba, Cardiello. A buen seguro que si hubiese estado presente alguna persona medianamente instruida, sellaría él sus labios. Y las señoras, por supuesto, le darian en todo la razón?—No solamente era así, sino que muchas de ellas conocen á los padres de algunos de los redactores, y decían que dentro de pocos instantes iban á estar con ellos para que no consintiesen á sus hijos poner otra letra en el periódico, citando si era preciso, el tan respetable parecer del Reverendo...; y siendo así tronará el *Album* y estás esento de cumplir el compromiso de que antes me hablaste.—Pareces inocente, Cardiello. Se te pasa siquiera por *la tela del juicio* que esos señores harán caso de semejantes simplezas? Con pensarlo únicamente les haces escasisimo favor. Y las niñas, qué decían?—Pobrecitas! una que trató de defenderles, llovió sobre ella tal enjambre de reprensiones...; todas las *mamás* en union con el Reverendo Padre la llamaban ignorante, simple, habladora, tontuela... y acaso, acaso le hubiesen aplicado las uñas, si yo lleno de compasión hacia aquel bello serafín (ay! qué hermosa era) no les hubiese recordado aquel antiguo refrán, *el gallo defiende á la gallina*. Se apaciguó por de pronto la refriega, pero luego que la niña reflexionó que ya tenía un defensor, á cada nueva palabra del Reverendo contestaba ella ya echándola por tierra, ya con un gesto de desprecio que le ponía en alarma y le hacía sudar gotas de *sain* que sentaban perfectamente en aquella cara *avinagrada*. Las demás niñas, viendo á su amiga tan impertérrita, salieron también á la palestra. ¡Entonces fue Troya!!! Entre el Reverendo, las *mamás* y ellas, se formó un *totum-revolutum* de mil demonios. Él bufaba, y con altanera voz decía: *Jesus! Jesus!* nunca, jamás me sucedió otro tal! No ser escuchadas mis palabras! No darles toda la *Autoridad* de que son tan dignas...!!! Las *mamás* cogían á sus niñas por el brazo, y unas les preguntaban: es esa la educa-



cion que yo te he dado? no sabes que las niñas no deben hablar sino cuando se les pregunte; y otras amenazándolas para cuando llegasen á casa, solo les decian: vosotras dar tamaño disgusto á nuestro Reverendo Padre?... Quién como él sabrá lo que se dice?... Un hombre tan sabio! un hombre que para cualquiera cosa, la mas minima, cita con la Biblia, y vosotras os atreveis á contradecirle? Las niñas á pesar de todo defendian con tal entusiasmo á los redactores, que hubiese querido en aquel momento (hacia pocos no) ser yo uno de ellos para tener tan bellos defensores. ¡Cuántas cosas se les ocurrían! Qué arranques tan á tiempo! Querrás creer que hasta citó una de ellas un párrafo de un célebre escritor frances (cuyo nombre te oi pronunciar varias veces) como uno de los fundamentos de su opinion?—Brabo! brabo! brabísimo! Conque somos defendidos por las niñas! Qué hermoso es eso!—Defendidos? Tu no, los redactores.—Pues bien, si soy uno de ellos.—Y me lo has callado hasta ahora?—Lo hice para que me contaras todo lo que habias oido: si te lo hubiera dicho antes, de seguro que no lo harias tan desapasionadamente como lo hiciste.—Si es asi, estuvo muy bien hecho, Cardaño.—Y en qué paró la broma? Sabes que debió correr un buen bromazo el Reverendo Padre.—No fue mala; harto ya de predicar y viendo que no conseguia absolutamente nada, tuvo á bien tomar las de Villadiego, llevando un gran sentimiento, segun él decia, porque *aquellas ovejas comenzaban á descarriarse de su verdadero carril*. Las mamás tambien se retiraron con sus niñas; aquellas con caras de *hurones* y estas con cara de... qué diré? eran tan bellas!!!—De lo que quieras, Cardiello —Y tu luego qué hiciste allí?—Adorar al Dios que te he dicho en un principio, haciendo mil *rendibús* y otras tantas *piruetas*, al despedirme de la señora que se quedaba para hacerle la guardia.—Si no lo estrañaras, te pedia un favor.—El que quieras.—Que hagas delante de mi otras tantas *piruetas* y *rendibús*, y luego te vayas á dar un paseo, porque tengo que escribir un artículo para el *Album*, que saldrá pasado mañana, y el tiempo apura.—Voy á darte gusto, pero en recompensa te voy á pedir yo otro favor.—Y es?—Que quisiera ver mi nombre en letras de molde, ó como dice un señor que yo trato, en boca de la parlera fama.—No es mas que eso? pues bien: el domingo verás tu gusto cumplido.—Qué complaciente eres, Cardaño! Cómo te pagaré tantos favores?—Marchando ahora mismo. Hizolo en efecto no olvidándose de los *rendibús* y *pizpiretas*, que me hicieron reir por espacio de quince minutos.

Cogi en seguida la pluma, y antes de principiar á escribir me hice estas preguntas: seria alguna de las niñas de que me habló Cardiello la que con tanta humildad me suplicaba no continuase el *Oso muy osado*? Era muy posible. Y en

vista [de esto, de una defensa tan acalorada, tan llena de entusiasmo, no se hacia digna de que se le cumpliese en todo su gusto? En verdad que sí. ¡Quién se niega á las súplicas de una niña! Cómo entonces podia cumplir la palabra dada á mis amables suscriptoras? Y tambien que asunto trataria para cumplir la que acababa de dar á mi amigo Cardiello?

Una idea se me ocurrió de repente, la cual puesta en ejecucion, me sacaba de todo compromiso. Magnifico! brillante! esclamé: nada mas fácil que salir de él. Escribamos la conversacion con Cardiello, y por ella juzgarán las suscriptoras si siendo «el mas galante que Oviedo enciera en su seno,» no debo de atender á las súplicas de su adorado sexo; y mi amigo Cardiello verá que cumplo mi palabra como *Caballero de la edad media*. Coloqué, pues, la pluma sobre el papel, y principié á escribirla, cosa que, como conocéis, no me costó mas trabajo que emborronar algunas cuartillas de papel que para poder leerlas el *cajista* sudará algunas *miajuelas*; pero.... *escribalo yo y lé lo el diablo*.

No obstante, si algunas de vosotras, hermosísimas suscriptoras no os conformais con lo dicho, y deseais que á fuer de caballero cumpla mi palabra satisfaciéndoos el antojo que os he movido, pasadme un recadito de atencion, que entonces os lo satisfaré cumplidamente, reservando para mi, como es muy justo, una *pizca* de placer. Y si estamos solos, aunque ya casi no puedo con los pantalones, qué cosas tan dulces os diré! cómo regalaré vuestro oido! Tratadme entonces con cariño, que á fuer de QUIEN SOY os aseguro que en vez de pintar *las fatales consecuencias de un oso muy osado*, pondré de manifiesto á mis lectores con todo el colorido que posible fuere á mi tosca pluma, para que acudan, como *abejas á la miel*, las delicias é ilusiones gratas que proporciono vuestro cariño, añadiéndoles, si os place, carísimas niñas, que en él tan solo se encierra la verdadera felicidad.

*El Tio Cardaño.*

---

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Oviedo por un mes 5 reales, por tres 12. Fuera por tres meses 14 rs.  
En Ultramar por tres meses 2 ps. fs.

Se suscribe á este periódico en la imprenta y litografía de Brid, Regadera y Compañía.

---

1853.

---

DIRECTOR, D. Ramon Huerta Posada.

---

Imp. y lit. de Brid, Regadera y Comp., calle de San Francisco, núm. 1.